

1. LUCES DE BOHEMIA EN EL CONTEXTO HISTÓRICO Y LITERARIO DE SU ÉPOCA

A finales del siglo XIX, España inicia una etapa convulsa y dramática para su historia, en la que el sistema constitucional de la Restauración (1874-1923) entra en crisis. En 1898 el país perdía su condición de potencia colonial al tener que ceder Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La pérdida de Cuba fue el revulsivo que puso de manifiesto los males que aquejaban el país: un sistema político corrupto, basado en el caciquismo, la concentración de la riqueza en una minoría de terratenientes y familias financieras, un desarrollo industrial escaso, pobreza e incremento de la emigración y una manifiesta incapacidad de Alfonso XIII para dar respuesta a las demandas sociales de la izquierda. A ello, hubo que añadir la guerra de desgaste que desarrolló España en el norte de Marruecos, que provocó graves revueltas y un rechazo por gran parte de la población.

Asimismo, a nivel internacional, el desarrollo de la revolución industrial condujo a naciones como Francia, Gran Bretaña y Alemania al expansionismo y a la colonización en busca de materias primas. Este afán imperialista fue la causa de la Primera Guerra Mundial.

Paralelamente, con el cambio de siglo se produjo en el ámbito cultural un cambio de sensibilidad y una ruptura con los supuestos estético-ideológicos del Realismo-Naturalismo, debido al agotamiento de la razón positivista. Esa nueva visión del mundo vino dada por corrientes heterogéneas (vitalistas e irracionales) que recuperaban el predominio del individualismo y el subjetivismo de raíz romántica en la filosofía, la literatura y el arte. La desconfianza en la razón, e incluso en la idea del progreso colectivo hizo que muchos escritores desarrollaran una actitud pesimista, subjetiva e irracional. Einstein, Freud y Marx cambiaron también la forma de interpretar el universo, la psicología humana y la cultura y los procesos históricos respectivamente. Sus ideas removieron las bases de la ciencia y de la política tradicional, que entraron en crisis, en un periodo de revisión general.

Todo esto, literariamente, cristalizó en una serie de características. En primer lugar, la tendencia al subjetivismo en detrimento del objetivismo del Realismo; por otro lado, la consolidación de la lírica como género dominante, capaz de contagiar y modificar radicalmente el sistema genérico (prosa poética, teatro intimista...). Por último, y en consonancia con esta irradiación poética, la Modernidad se caracterizó por un especial relieve del lenguaje artístico, por un esmero estilístico máximo, rasgo esencial, por otra parte, del estilo de Valle, como podemos constatar en sus elaboradísimas acotaciones.

Este esteticismo militante se muestra en la actitud elitista de muchos autores que profesaron lo que se dio en llamar "el arte por el arte", es decir, una entrega a veces real y a veces impostada, fingida, a la creación pura, alejada y enfrentada al espíritu prosaico y utilitarista propio de la burguesía. En "Luces" podemos apreciar esta perspectiva a través del retrato caricaturesco que de los modernistas se nos presenta.

También la crisis finisecular se refleja en la obra de los autores de la generación del 98 (Miguel de Unamuno, Azorín, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y Ángel Ganivet), que trataron temas de carácter social y filosófico (el problema de España, el sentido de la existencia), todos ellos presentes en mayor o menor medida en "Luces de bohemia"

Si nos centramos en el género literario al que pertenece "Luces de bohemia", el teatro, observamos que en Europa, desde finales del siglo XIX hasta la primera guerra mundial, este género pasa del realismo y del naturalismo ("el teatro es vida") al simbolismo, expresionismo y vanguardismo ("el teatro es arte") con autores como Chejov, Ibsen, Brecht, Artaud... La obra de teatro responde a una poética innovadora que afecta tanto a lo que es el texto literario (cada vez más, con un complejo sentido simbólico), como a la complejidad que alcanza la técnica teatral. Será importante la influencia de los movimientos pictóricos, la música, las luces y otros códigos como los gestuales,...

Un panorama no tan brillante se nos presenta en España, donde se da una clara división entre el teatro de signo conservador, que triunfa comercialmente en nuestra sociedad, pero que no está a la

altura de otros países occidentales, y el teatro innovador o de vanguardia con atisbos precursores de las grandes corrientes del siglo y con dos figuras que sobresalen del resto: Valle-Inclán y Lorca.

Durante tres decenios la escena española estuvo dominada por el teatro de corte benaventino, un teatro mínimamente conflictivo, un teatro del "decir", de la narratividad.

Este teatro tenía DOS FINALIDADES BÁSICAS: su carácter lúdico, que dejaba lugar a cierta crítica ingeniosa aunque poco incisiva, y su consolidación como ámbito de reunión social.

Esta poética teatral es ajena a las grandes revoluciones que se estaban produciendo en la escena europea, y que afectaban tanto al texto literario como al escenográfico (Ibsen, Pirandello, Brecht,...)

De esta forma, el teatro español se va a incorporar a las formas de renovación mucho más tardíamente de lo que lo hacen la poesía, con "Azul", DE RUBÉN DARÍO (1888) y la novela, con obras clave de los noventatochistas como "La voluntad" (1902), de Azorín, o "Niebla" (1913), de Unamuno.

Esto contrasta con los espectadores, porque en ese primer tercio de siglo el público presenta una gran variedad. Está muy diversificado según los distintos tipos de espectáculo teatral que se daba (comedia de salón, género chico, el café concierto,...) En el horizonte de expectativas no entraba la nueva poética teatral que, con retraso, llegaba a España.

La educación de un espectador formado en los nuevos códigos es un proceso lento, y es lo que explica que el teatro de Valle y Lorca tarde en ser representado y en triunfar.

Así, frente a la canonicidad teatral establecida, el nuevo repertorio va a suponer fundamentalmente tres líneas de innovación:

- Los "experimentos" teatrales de los autores del 98, un teatro discursivo y poco dinámico.
- La creación del esperpento por Valle, es decir, el teatro de signo expresionista y de transfondo simbólico.
- La recuperación de la tragedia en un transfondo simbólico (Federico García Lorca)
- Ciertas formas innovadoras de la comicidad que Mihura desarrollará en la posguerra.

La segunda de ellas, la línea iniciada por Valle Inclán, responde a su necesidad, ante las circunstancias sociopolíticas de un país atrasado y empobrecido, de mostrar la realidad desde un punto de vista distinto. Para ello fue fundamental su conocimiento de las corrientes pictóricas europeas de esos años. Su contacto directo con el arte y los movimientos vanguardistas pictóricos ayudó a Valle a dar forma literaria a un nuevo concepto estético que pretendía reflejar la realidad más profunda de los seres humanos distorsionando o exagerando los rasgos físicos y ambientales con la finalidad de hacer el retrato emocional de la sociedad española de su tiempo.

Valle cree que una realidad nacional deformada, sórdida y ridícula solo podrá reflejarse con total exactitud por medio de una estética igualmente deformada, estética que define en su famosa escena XII de "Luces de Bohemia" Y se plasma en los retratos físicos y morales de casi todos sus personajes.

2. LUCES DE BOHEMIA Y LA REALIDAD POLÍTICA Y SOCIAL.

En *Luces de bohemia*, Valle-Inclán lleva a cabo un retrato sórdido de diferentes estratos de la sociedad madrileña y española del momento. El itinerario nocturno de Max Estrella nos sirve de muestrario de una sociedad decadente con una clase dirigente corrupta e incompetente.

Desde el punto de vista político, la diana de los dardos del escritor es el sistema político de la Restauración, que abarcó cincuenta años de la historia de España (1874-1923). Durante este periodo, la dirección de la nación pasaba alternativamente de manos de los liberales a los conservadores y el papel de los partidos menos acomodados tanto de derechas (carlistas) como de izquierdas (republicanos, socialistas...) tenía un carácter marginal

El anquilosamiento y la inoperancia del sistema eran evidentes a principios del siglo XX. El caciquismo, la corrupción, el nepotismo y la injusticia social encontraron su réplica en el aumento de la tensión social y la violencia.

Por no hablar del efecto en la conciencia nacional del desastre del 98 y las funestas campañas de la guerra de Marruecos.

En la obra, la crítica al sistema político se muestra mediante referencias burlescas a políticos de la época como García Prieto, Maura o el conde de Romanones (todos ellos presidentes en algún momento del consejo de ministros), alusiones a los fondos de reptiles o a la represión policial dirigida por el Ministerio de Gobernación (de “desgobernación”).

Actos como el VI (encuentro entre Max y Mateo, el anarquista catalán, en una celda) o el XI (el espectáculo de la madre con su niño muerto en brazos) ilustran perfectamente la situación de esos años y despertaban en lectores y espectadores el recuerdo de la Semana Trágica de Barcelona, las huelgas generales o la Revolución Rusa. Como contrapunto a esta insurrección popular, en “Luces” también se menciona a los colectivos defensores de la patronal y la Restauración. Por ejemplo en la escena III cuando se hace alusión a la presencia en las calles de Acción Ciudadana.

El dramatismo de estas escenas socava el espíritu de Max Estrella. Involuntario testigo de los acontecimientos, llega a afirmar, apesadumbrado, pesimista, que “*La Leyenda Negra, en estos días menguados, es la Historia de España*” (Acto XI)

Así, quizás, se sintiese Valle, cuyo credo político se iría matizando a lo largo de los años. Durante gran parte de su vida se había alineado con la causa carlista en su nostalgia por una época anterior de valores nobiliarios y cristianos. Este deseo de vuelta al Antiguo Régimen suponía un profundo rechazo al materialismo burgués y capitalista y a la corrupción sistemática de la Restauración. De ahí que, en las últimas décadas de su vida, no viese con malos ojos el radicalismo anarquista y la acción de otros movimientos obreros en tanto en cuanto posiciones ideológicas contrarios al estado burgués.

De todas formas, la visión que del pueblo muestra en “Luces” tampoco es demasiado positiva.

Valle, mediante la odisea nocturna de Max y Latino, muestra ambientes de todo tipo: la humilde buhardilla de Max y su familia, la librería de Zaratuza con sus intelectuales de medio pelo, la taberna de Pica Lagartos, la buñolería modernista, el ministerio de gobernación, sus calabozos, la oficina del ministro, el Café Colón, un paseo con jardines... Y, en ellos, moviéndose personajes de las clases altas y bajas. Aunque especialmente las más bajas, retratadas mediante la deformación esperpéntica en la descripción de su aspecto físico y la depuración literaria del lenguaje popular madrileño, salpimentado por la jerga del lumpen (chulos, prostitutas...)

A excepción del anarquista asesinado con la excusa de su intento de fuga o la madre del niño muerto, ambos revestidos de cierta dignidad, todos los personajes son víctimas de la degradación moral que les impone su pobreza. Se muestran interesados y mezquinos, como se comprueba perfectamente en la actitud de Latino, Pica Lagartos y La Pisa Bien en la cruda y desoladora escena final.

Una España, por tanto, ignorante, retrasada y primitiva, cuyos valores se fían a una religión superficial y folclórica, cuya cultura tiene sus símbolos en una Academia desprestigiada, unos modernistas trasnochados y una bohemia agonizante, y cuyo timón es manejado por los incompetentes y corruptos políticos de la restauración. En suma, y citando palabras de Max Estrella, España como “una deformación grotesca de la civilización europea”.

3. MODERNISMO Y 98 EN LUCES DE BOHEMIA

A finales del siglo XIX y principios del XX se produjo un cambio en la visión del mundo y una ruptura con los supuestos estético-ideológicos decimonónicos. Se pasa del paradigma objetivista, que parece capaz de explicar la realidad (el Realismo, el positivismo, la fe en la ciencia...) al dominio del subjetivismo, que conduce al relativismo. Así, se intenta captar la vida de otra forma, se cree que la

realidad puede conocerse por medio de la intuición (prospera el espiritualismo, la Teosofía...) y a través de diferentes perspectivas irracional y vitalista (los sentimientos individuales, las pulsiones internas, las creencias esotéricas...)

Todo esto, literariamente, cristalizó en una serie de características. Por un lado, el predominio del subjetivismo frente al objetivismo del Realismo; por otro, la lírica fue en la Modernidad el género dominante, produciéndose una ley de contagio y modificándose radicalmente el sistema genérico. Por último, la Modernidad se caracterizó por un especial relieve del lenguaje artístico, por un esmero estilístico máximo.

De este modo, la literatura inicia la búsqueda de nuevos caminos que puedan explicar en toda su complejidad el mundo interior del hombre y una realidad en constante cambio político y social. Este afán de renovación fue la base del Modernismo, que en sus orígenes pretendía una renovación total de la vida y el arte a través de su postura antiburguesa y de la recuperación de la belleza del lenguaje literario, que ellos creían descuidada en el realismo anterior.

Todos los escritores pretenden esa renovación de la literatura, sin embargo hay algunos que además están muy preocupados por la realidad política de España durante estos años de profundos cambios y graves problemas. Son los autores de la Generación del 98. Estos escritores, alarmados por "el problema de España", pretenden regenerar la vida pública de un país atrasado cultural y políticamente y fuertemente conmocionado por "el desastre", como se llamó a la pérdida de las últimas colonias de Cuba y Filipinas en 1898.

Los autores más importantes de estos años militan a menudo en ambos movimientos porque todos buscaban, cada uno a su modo, la renovación del lenguaje y los motivos literarios. Sin embargo, se encuentran más rasgos modernistas en Rubén Darío y en las primeras obras de Machado y Valle Inclán, y más rasgos noventayochistas en Pío Baroja, Azorín y Miguel de Unamuno.

Ambos movimientos tienen en común, por un lado, la búsqueda de un lenguaje diferente, más claro, preciso y bello; y, por otro lado, su espíritu de protesta y su profundo amor al arte. Sin embargo, hay dos rasgos que los diferencian: el primero de ellos es la concepción revolucionaria de la vida, antiburguesa y a veces bohemía y elitista de los modernistas; frente a la búsqueda ante todo de la verdad de los del 98.

El artista modernista profesa la religión del "arte por el arte", que le hace distanciarse de la sociedad en una postura elitista de enaltecimiento de la creación (la torre de marfil) y desapego del prosaico y utilitarista mundo burgués. De ahí, el gusto modernista por el escapismo (ambientes medievales, cosmopolitismo, exotismo, referencias a lugares lejanos...) y la búsqueda apasionada de la belleza, su esteticismo militante que elabora un lenguaje culturalista y sensual.

Por el contrario, o complementariamente, los autores del 98 encarnan la figura del intelectual preocupado por la sociedad del momento que reflexiona desde presupuestos filosóficos o metafísicos sobre la situación del hombre moderno y del país. Sus temas serán, por tanto, el problema de España, la intrahistoria (una visión no oficial sino apegada a la vida cotidiana de los individuos de la historia) y las preocupaciones existenciales (el sentido de la vida, la existencia de Dios...)

Como se ha comentado, la obra de Valle dentro del Modernismo es importante, y en ella se incluyen obras como sus Sonatas (1902-1905), que son el mejor ejemplo de prosa modernista en España, o sus novelas sobre la guerra carlista, que inicia en 1908. Pero a partir de 1915, tras su experiencia como corresponsal de guerra durante la 1ª Guerra Mundial, se dará en él un giro importante: se sigue oponiendo a la conservadora sociedad burguesa, pero ahora no lo hará desde un tradicionalismo idílico, sino desde posiciones muy críticas, que lo aproximarán a los presupuestos ideológicos reformadores de la Generación del 98.

Desde esta nueva postura no evasiva, sino firmemente comprometida con la realidad, Valle aportará a la Generación del 98 una manera muy crítica de reflejar España: el esperpento.

Hacia 1920 todas sus obras, narrativas o teatrales, presentarán rasgos esperpentizadores en mayor o menor medida. El esperpento es la respuesta ética y estética de Valle que refleja y denuncia la realidad miserable y deformada de la España de los años 20 y 30.

Max Estrella, el protagonista de “Luces de bohemios”, representa en gran medida la evolución de su autor desde las posturas bohemias del modernismo, al compromiso activo con los más desfavorecidos. Las Luces brillantes de la bohemia se están apagando y un violento contraluz reflejará la sociedad española de los años 20, sumida en el oscurantismo religioso, los abusos de poder de los políticos y la ignorancia de un pueblo que detestaba la cultura y la inteligencia.

Podemos, por último, señalar muestras concretas del ascendente modernista y del espíritu noventayochista en “Luces de bohemia”. Ejemplos del primero son las elaboradísimas acotaciones escénicas, en las que Valle, más allá de realizar indicaciones para la representación, evidencia su estilo sensorialista y lleno de imágenes; y el lenguaje culturalista y la actitud elitista de algunos personajes (como Dorio Gádex, o el propio Max, al principio). Rasgos del 98 son las continuas críticas a la España de la Restauración y las consideraciones en torno a la religión (entre Peregrino Gay y Max en la librería de Zaratustra o Rubén Darío y Max en el café Colón) o sobre la muerte (Conversación entre Rubén y el marqués de Bradomín en el cementerio)

4. LOS PERSONAJES DE MAX ESTRELLA Y DON LATINO DE HISPALIS EN “LUCES DE BOHEMIA”

Los personajes de *Luces de bohemia*, más de cincuenta, responden a una variada tipología. En su intención de evocar la vida bohemia, Valle-Inclán introduce en la obra algunos personajes de la vida real, con su propia identidad (Rubén Darío) o bajo una ficticia: el caso más evidente es el del propio Max Estrella y de su esposa, madama Collet, inspirados en el escritor Alejandro Sawa, paradigma de escritor bohemio y poeta maldito, marginal e ignorado por la cultura oficial, y su mujer, Jeanne Poirier. Aunque hay otros, como Dorio de Gadex, inspirado en Antonio Rey.

También aparecen personajes reales por alusión: Maura, Romanones, Castelar... respondiendo al deseo de anclar la acción en la realidad de su tiempo, mientras que otros son puramente ficticios: la Pisa Bien, el Rey de Portugal, La lunaes... Y el Marqués de Bradomín, personaje de Valle-Inclán (de quien se presenta además como trasunto o alter ego) protagonista de las “Sonatas”.

Además, al estructurarse la obra en forma de itinerario, la galería de personajes refleja distorsionadamente la realidad marginal o elitista del Madrid de la época. Por una parte, las clases populares (la Pisa Bien, el rey de Portugal, la portera, Zacarías el borracho...) y, por otra, ejemplos de clases acomodadas, que, hasta cierto punto, vivieron el pasado de la bohemia (don Filiberto, el ministro, Rubén Darío...). Ambos colectivos se expresan en una depuración o bien del habla popular madrileña, o bien en el registro culto propio de políticos, periodistas o escritores.

En el grupo de los personajes de ficción también hay que incluir a los arquetípicos o genéricos (el Sereno, los Guardias...), los colectivos (los Epígonos del Parnaso Modernista, el coro de voces de la escena XI...) y hasta personajes animales: los de la librería de Zaratustra...)

De los personajes de “Luces de Bohemia” dice Valle: “Son enanos, patizambos que juegan una tragedia”.

De entre todos estos, sobresalen el protagonista y su acompañante, don Latino.

El primero de ellos, **Max Estrella**, es un personaje espléndido, mezcla de cobardía, vileza, egoísmo y momentos de grandeza. No se trata de un personaje noble precisamente, pero sí humano. Aparte de ser un trasunto de un personaje real, Alejandro Sawa, ejerce a veces como portavoz del propio Valle.

Max es humano, tiene virtudes y defectos, no está exento de contradicciones. En Max hay una perpetua síntesis de humor y queja, orgullosa dignidad (Cuando se enfrenta a los policías ante la buñolería modernista) y mezquina indignidad (Al aceptar una pensión vitalicia que le ofrece el ministro), conciencia de mediocridad y sentimiento de frustración. Ridículo o patético, furioso con la injusticia social, crítico, mordaz o profundo, tiene sentimientos hermosos de fraternidad hacia los oprimidos y ternura gratuita (madre del niño muerto), al tiempo que desatiende a su familia. Su ceguera no le impide

ver el sufrimiento del pueblo y las injusticias proferidas por el poder de las que va concienciándose a lo largo de su periplo nocturno, especialmente en algunas escenas (VI y XI).

A pesar de ser caracterizado como un héroe clásico se siente impotente ante la miseria intelectual y moral de España. Es, por tanto, un personaje complejo y contradictorio en suma. En él, Valle volcó, consciente o inconscientemente muchos rasgos de su compleja y extravagante personalidad.

La degradación de Max sintetiza el enfrentamiento de dos mundos: el de la bohemia como marginación voluntaria y el del poder indiferente y egoísta ante las penalidades del pueblo. Max es estafado por Zaratustra, engañado por don Latino, encarcelado, vende su dignidad al ministro. Incluso su muerte será confundida primero con una borrachera y finalmente, en un anticlímax que pretende evitar la gloria de la tragedia, con una catalepsia diagnosticada por un pretencioso e insensible Soulinake.

Don Latino, en cambio, encarna al antihéroe, y como tal es “la contrafigura de Max-Sawa”. Este personaje debe entenderse como un desdoblamiento de la personalidad del protagonista. Si Max representa la parte más noble, Don Latino es lo que en su vida hubo también de desengaño y sablazo. Animalizado como el perro lazarillo de Max, actúa al principio como escudero paródico del protagonista. Y es en definitiva el fante con que Valle hace caricatura de la bohemia. Caracterizado con un lenguaje repleto de cultismos y, a la vez, coloquialismos y modismos madrileños. Don Latino es un tipo miserable, desleal, cínico, embustero, encanallado, insensible ante las penurias de Max. Llega a robarle la cartera, con el décimo premiado, en el momento de su muerte e, irónicamente, este miserable es el personaje favorecido por la fortuna.

Por otra parte, también reúne varias personalidades simbólico-míticas: la de Virgilio guiando a Dante-Max por los infiernos madrileños, o la del Lazarillo guiando y engañando a su ciego amo.

5. CARACTERÍSTICAS DEL ESPERPENTO Y SU REFLEJO EN “LUCES DE BOHEMIA”.

El esperpento de Valle-Inclán no es solo un género literario, sino una estética y, en consecuencia, una visión del mundo, a la cual llega el escritor desde unas concretas circunstancias históricas españolas y una determinada posición crítica. Este caldo de cultivo ideológico y estético coincide con movimientos generales europeos que cuestionan la literatura y la sociedad anteriores: primero el Modernismo y, años después, la vanguardia (el futurismo italiano, el dadaísmo francés, autores como Jarry o Kafka, y, especialmente, el EXPRESIONISMO ALEMÁN).

El esperpento supone una deformación o descoyuntamiento de la realidad, empleado como único modo de reflejar críticamente la realidad. Con ello, además, se provoca una toma de conciencia directa del carácter absurdo de la realidad.

Valle deja traslucir los principios del esperpento en la escena XII de “Luces de bohemia”, durante la agonía de Max Estrella. El poeta ciego explica que la tragedia española no es tragedia en el sentido clásico, sino que se expresa a través de una ESTÉTICA SISTEMÁTICAMENTE DEFORMADA, que ya había utilizado Goya en sus pinturas. “Los héroes clásicos –dice- han ido a pasearse en el callejón del gato”, una callejuela madrileña cuyas paredes lucían espejos cóncavos y convexos que distorsionaban las imágenes que reflejaban.

Con esta analogía, Valle intenta dar una idea de qué pretende con el esperpento. “La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas”. Remite, consciente o inconscientemente, al procedimiento creativo de descomposición y recomposición visual del cubismo, herramienta literaria que utilizará para retratar esa “deformación grotesca de la civilización europea” que, para Max Estrella, era España.

Por lo tanto, el esperpento resulta ser un PROCEDIMIENTO ESTÉTICO que utiliza el humor y el distanciamiento para deformar sistemáticamente la realidad (personajes, lugares, situación socio-política, ambiente cultural...). De esta forma se desmitifica y se evidencia lo absurdo y ridículo de la

existencia. El punto de vista de Valle-Inclán es el de demiurgo, creador que muestra a sus criaturas-creaciones desde una perspectiva superior. Su finalidad es mostrar esta esencia ridícula a través de la exageración de lo grotesco y horrible presente en una sociedad igualmente grotesca, violenta, maliciosa...

Esta mirada superior es una de las tres maneras de ver el mundo, desde un punto de vista estético, que el escritor explicó en una entrevista.

En primer lugar, el narrador, de rodillas contempla desde abajo a los protagonistas de las historias. Por ejemplo, los héroes homéricos: Aquiles, Héctor... Son seres superiores, excelsos... En segundo lugar, el narrador de pie, a la misma altura que los personajes de las novelas. En Shakespeare, los personajes muestran virtudes y defectos del ser humano común. Podemos IDENTIFICARNOS CON ELLOS. Hamlet, por ejemplo, encarna el paradigma de la duda obsesiva, y es mencionado por cierto, en la escena XIV, por Darío y Bradomín. Y, por último, el narrador elevado en el aire, superior a sus personajes, que son criaturas inferiores tratadas a veces con ironía. Muestras de este tipo son Quevedo, Cervantes, Goya y evidentemente el esperpento.

Teniendo en cuenta todo esto, los personajes de "Luces de bohemia", al ser ridículos y grotescos, no pueden hacer sentir ningún tipo de identificación y no están a la altura ni de la tragedia ni de la épica.

Valle no quiere escribir una tragedia. Lo evita conscientemente al decidir que Max muera en la escena XII, contraviniendo el habitual clímax final de la tragedia clásica (Edipo, Hamlet...) Aunque, sin embargo, sí queda un poso trágico en el espectador. Max y el resto de personajes no son gloriosos o ejemplares, sino ridículos, aunque no dejan de representar la miseria moral, un rasgo muy humano.

Las formas en que cristaliza la estética del esperpento en esta obra puede ser: o bien en los comportamientos de los personajes: don Latino es mezquino y resulta ridículo al intentar aparentar haber vivido la bohemia de París; el empeñista se muestra indiferente ante la muerte del niño (escena XI), el borracho del bar de Pica Lagartos se burla de todo, Basilio Soulinake resulta imperdonablemente insensible en la escena del velatorio. O bien en la descripción de lugares: la librería de Zaratustra es una "cueva", la buñolería un "antro"... Y de personajes: Zaratustra es abichado, giboso, un fante; los modernistas aparecen como greñudos impertinentes, pedantes y mediocres imitadores del gran Rubén Darío (los Epígonos del Parnaso Modernista). Valle también recurre a la animalización de los personajes, como, al describir a don Latino como "perro cobarde", que "muge", "cabestro", o a Rubén como "cerdo triste".

Por último, nuestro autor también trata temas de cierta trascendencia con un tono humorístico y disparatado. En la escena II don Gay y Max hablan de las diferencias entre el anglicanismo y el catolicismo o entre Inglaterra y España; don Filiberto y Dorio de Gadex lucen su ingenio absurdamente hasta que el primero se enfada a raíz de un comentario irrespetuoso hacia García Prieto, etc.

Todo esto aderezado con un lenguaje trabajadísimo, tanto en las acotaciones como en los diálogos, que utiliza un léxico degradante y peyorativo, lleno de madrileñismos, términos calós, giros expresivos sorprendentes y humorísticos ("cráneo privilegiado") y lleva a cabo un juego de contraste en los registros lingüísticos al mezclar términos cultos en conversaciones triviales o al intentar algunos personajes vulgares hablar formalmente.

6. EVOLUCIÓN DE LA OBRA DE VALLE-INCLÁN. JUSTIFICA LA INCLUSIÓN DE "LUCES DE BOHEMIA" EN LA ETAPA QUE LE CORRESPONDA.

La producción de Valle Inclán es considerable y variada: novelas, cuentos, teatro, poesía... En todos esos géneros se observa una singular evolución paralela al cambio ideológico que sufrió el autor. Este, por sus orígenes y por su sensibilidad, se mostró desde un principio declaradamente antiburgués. Y así, hacia 1910 se proclama "carlista por estética". Pero, a partir de 1915, dará un giro radical: se seguirá oponiendo a la sociedad burguesa, pero ya no desde un tradicionalismo idílico, sino desde posiciones revolucionarias.

Como hemos señalado, en todos los géneros que cultivó se observa también una evolución desde un Modernismo elegante y nostálgico a una literatura crítica, basada en una feroz distorsión de la realidad. De este modo, la obra de Valle-Inclán puede ser dividida, simplificando su evolución, en tres etapas fundamentales.

La primera etapa, teñida aún de Modernismo y llamada “etapa decadente” abarca sus primeras obras: *Femeninas* (1895), *Epitalamio*, *Jardín Umbrío*, *Corte de Amor*, *Flor de Santidad* (1897 -1904). Abarca también el cuarteto de “Las Sonatas”: *Sonata de Otoño* (1902), *Sonata de Estío* (1903), *Sonata de Primavera* (1904), *Sonata de Invierno* (1905). Las Sonatas, supuestas memorias del Marqués de Bradomín, “un don Juan feo, católico y sentimental”, son obra plena de aventuras y episodios amorosos y amorales, evocadores de un mundo en decadencia, y narrados con una exquisita prosa modernista, equivalente al verso de Rubén Darío.

A esta etapa, le sigue un **periodo de transición** hacia el Esperpento, periodo caracterizado como ciclo de las “Comedias Bárbaras”: *Águila de Blasón* (1907), *Romance de Lobos* (1908), y *Cara de Plata* (1922), añadida más tarde. Son obras ambientadas en el mundo rural gallego. Tienen como protagonista a un hidalgo tiránico, don Juan de Montenegro, que preside un mundo heroico en descomposición y lleno de personajes violentos, tarados, lunáticos, movidos por pasiones de fuerza alucinante. El lenguaje es ahora más fuerte y hasta agrio, pero siempre musical y brillante. Con estas obras ha iniciado Valle su “teatro en libertad”. Junto a esta trilogía dramática, Valle escribe una trilogía de novelas sobre las guerras carlistas (1908 -1909): *Los cruzados de la Causa*, *El Resplandor de la Hoguera*, y *Gerifaltes de Antaño*. En ellas Valle contrasta el heroísmo romántico y la brutalidad de la guerra.

La época de plenitud y madurez es la época de los **Esperpentos**. En 1920 escribe cuatro obras dramáticas en las que va acuñando el peculiar género del Esperpento: *Farsa y Licencia de la Reina Castiza*, *Farsa Italiana de la Enamorada del Rey*, *Divinas Palabras* y *Luces de Bohemia*. Dentro de la obra de Valle-Inclán, la época literaria de los esperpentos es quizá el momento de mayor vigor creativo de su autor. *Divinas palabras* es un violento drama ambientado en un mundo sórdido, moralmente deformado y con un lenguaje desgarrado. Quizá es la cima dramática de su autor, si exceptuamos *Luces de bohemia*.

La deformación esperpéntica está ya presente en esas obras, sobre todo en esta última, pero es *Luces de bohemia* la primera a la que Valle-Inclán da el nombre de esperpento. Con esta palabra designa Valle a aquellas de sus obras en que se mezcla lo trágico y lo burlesco, con una estética que quiere ser “una superación del dolor y de la risa”. Es en esta obra, *Luces de bohemia*, donde no sólo utiliza por primera vez el término *esperpento*, sino que lo define en una escena clave, la escena XII, en la que muere el protagonista tras haber explicado sus características esenciales. Del diálogo dramático que mantiene Max Estrella con Don Latino en dicha escena, podemos deducir la conciencia definida que tenía Valle-Inclán de su nuevo género.

Siguen otros *Esperpentos*: *Los Cuernos de Don Friolera* (1921), *Las Galas del Difunto* (1926), *La Hija del Capitán* (1927), las tres bajo el título común de “Martes de Carnaval”. De la misma época (1924-1927) es el *Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte*, que integra varias piezas, breves pero geniales muestras de la estética valleinclanesca. En esta última etapa escribe también novelas, que son *esperpentos* acrecidos que no podían darse en forma dramática. Entre ellos está *Tirano Banderas* (1926), novela sobre un inventado dictador americano, con una genial recreación del lenguaje hispanoamericano, y la trilogía “El Ruedo Ibérico”, violenta sátira política sobre el reinado de Isabel II, que incluye: *La Corte de los Milagros* (1927), *Viva mi Dueño* (1928), y *Baza de Espadas* (1932).